

HISTORIA DE LA IGLESIA EN MÉXICO

--LÍNEAS INTRODUCTORIAS--

Cuando en mis años en la escuela primaria escuchaba las clases de historia, que se remontaba gradualmente y como en suave ascenso: la República Mexicana, América (eran los años del panamericanismo de la posguerra) e historia *universal* (¡vaya pretensión!), mi imaginación se pobló de peregrinaciones humanas que quedaron imborrables, pues todavía puedo evocarlas sin mucha dificultad: el largo camino de los aztecas para fundar la ciudad sobre el lago, Cristóbal Colón ante la reina Isabel y su travesía aventurera del océano inmenso que había asombrado y asustado a la vez a los pueblos antiguos por impenetrable y misterioso, Fray Bartolomé de las Casas ante Carlos V, en fin...

También--y eso fue algo que el tiempo borró--veía en mi interior aparecer números, años, y después desaparecer tras una cortina que se cerraba; eran las marcas del fin o del principio, coincidentes, de una época. Las más nítidas y persistentes fueron: 1453, la "caída de Constantinopla en poder de los turcos" y 1492, "descubrimiento de América".

Conforme me acerqué, al ritmo de los años y con curiosidad que mantuvo y mantiene su intensidad, al pasado humano, comprobé que las fechas, los acontecimientos singulares por ellas enunciados y las épocas que veía abrirse y cerrarse como telones de teatro, eran en realidad traslúcidos, penetrables, que no cancelaban un modo de vida y un estilo, sino que permitían que algo quedara y algo se renovara, al modo de cuando un huracán furioso ha echado abajo vegetación y construcciones débiles y ha dado ocasión, no sin pérdidas y dolor, a brotes de nueva vida. El Evangelio dice: "si el grano de trigo que cae en la tierra no muere queda solo; pero si muere da mucho fruto" (Juan 12, 24). Por eso también el ritmo de los años sobre mi vida me ayudó a persuadirme que la escritura de la historia a base de choques, guerras, vencidos y vencedores, ideologías triunfantes y derrotadas, patriotismos, heroísmos y justificaciones o reproches hechos sobre la memoria de los muertos hacían y hacen más que iluminar el camino de nuestros días y de nuestro destino, poblarlo de nubarrones amenazantes.

Consciente, pues, del reto que supone asumir esas realidades y superar esas contradicciones, he tomado entre los dedos de mi mano derecha la pluma unas veces y otras —las más en estos tiempos— tocado el teclado de la computadora, para deslizar lo que, desde la que ya es larga experiencia de escucha, lectura y reflexión, debo dejar impreso como legado agradecido a lo que

he podido ser y conocer en el entrelazado de conceptos —que no simples palabras— que forman el título de estas páginas: HISTORIA DE LA IGLESIA EN MÉXICO.

En el horizonte —"límite visual donde parecen juntarse el cielo y la tierra"— de este ensayo de escritura está la clásica y sobre todo *apasionada* Historia del padre Mariano Cuevas, la esquemática y ruda del padre José Gutiérrez Casillas y los miles de libros, folletos, artículos, documentos de archivo, cursos, charlas y conversaciones que han pasado por mis ojos, manos y oídos. Tengo en cuenta también la empresa iniciada y llevada adelante por la Universidad Pontificia de México —en la que junto con el padre Alfonso Alcalá inicié en 1982 la cátedra de historia de la Iglesia— de dar al público una Historia de característica amplias, detalladas y documentales en varios volúmenes. Las páginas que siguen no pretenden, ni de lejos, suplir ese trabajo y menos aún competir con él. Lo que he podido integrar aquí lo entrego como "mi versión de los setenta", aludiendo a un tiempo a la sublime traducción griega de la Biblia hebrea realizada en Alejandría y a una pieza escrita por Alfonso Junco en la maravillosa revista *Ábside*, cuando en 1966 cumplió setenta años. Él escribió entonces: "[...] No, no se trata de un arduo estudio bíblico, sino de un modesto acontecer cronológico. No se trata de aquellos setenta sabios que volcaron al griego todo el Antiguo Testamento; sino, sencillamente, de volcar mi impresión ante las siete décadas... Cada quien que los tiene, tiene su propia versión de los setenta años; cada quien habla de la feria según le va en ella..." En noviembre de 2017--espero--se cumplirán los míos y esta obra será —también lo espero— la mejor celebración pues —continúo citando a don Alfonso—: "[...] Nunca me he preocupado por la edad, poca o mucha. Generalmente me han atribuido menos años de los que he tenido en la etapa respectiva".¹

Dicho lo anterior, levanto el corazón al Padre dador de todo bien y presento esta ofrenda filial con gozo agradecido al futuro de la Iglesia en México, este pueblo peregrino "entre los consuelos de Dios y las tribulaciones de este mundo".

Tepic, Nayarit, México,

8 de octubre de 2016.

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Academia Mexicana de la Historia.

¹ *Mirador*, *Ábside*. Revista de cultura mejicana [sic], XXX (1966), p. 241,